

9

El turismo en el cine del primer franquismo (1939-1958)

Antonia del Rey-Reguillo

9.1. El *nuevo Estado* y su planificación turística inicial

Durante el último año de la Guerra Civil, en el territorio controlado por los rebeldes, surgió una administración paralela a la gubernamental republicana que instituyó el Servicio Nacional de Turismo en 1938, convertido un año después en Dirección General de Turismo. Al frente de ambos, el periodista Luis Antonio Bolín Bidwell fue el organizador de las *rutas de guerra*, una modalidad de turismo bélico inspirada en actuaciones de la Alemania nazi. Las rutas se convirtieron en las primeras excursiones colectivas estatales organizadas en España para recorrer los paisajes y huellas de la guerra española y supusieron la iniciativa turístico-propagandística más importante de los rebeldes para atraer extranjeros como fuente de ingresos y, sobre todo, para difundir la propaganda política con la que ganar simpatías para su causa (Moreno Garrido, 2007: 144-145).

Acabada la guerra, el nuevo Estado monopolizó la planificación de la actividad turística y las rutas de guerra se transformaron en las Rutas Nacionales de Turismo, que consistían en varios itinerarios por el norte peninsular en verano y por el sur en invierno. Estaban pensadas esencialmente para el turismo doméstico, pues la II Guerra Mundial que asoló buena parte de Europa entre 1939 y 1945 imposibilitaba la llegada de visitantes internacionales. El régimen, por tanto, se volcó en el fomento del turismo interior con viajes y excursiones

organizadas por el Frente de Juventudes, la Sección Femenina y el Sindicato Español Universitario, donde no faltaban la exaltación patriótica y el adoctrinamiento político. Por su parte, la Iglesia fue la única competidora de la administración turística estatal, que reconocía su competencia en la organización de peregrinaciones, como coautora del discurso turístico oficial impregnado de nacionalcatolicismo. Así las cosas, el modesto movimiento turístico interior apenas llegaba a movilizar a unos pocos miles de españoles y se hacía coincidir con las fiestas patronales, la temporada taurina o el folclore tradicional. Sin embargo, finalizada la guerra europea y establecidos los primeros contactos del régimen franquista con las naciones vecinas, España empezó a vislumbrarse como uno de los destinos más atractivos para sus clases medias y trabajadoras. De ese entorno, los dos mercados emisores más importantes fueron el francés, debido a su condición de país fronterizo, y el británico, dada la larga tradición de interés que el país anglosajón venía mostrando por España desde hacía décadas. Sin embargo, hasta febrero de 1948 no se reabrió la frontera francesa y, en el caso de la británica, dicha apertura no se produciría hasta cuatro años más tarde, en 1952, un mes después de que el diario *Manchester Guardian* reflejara en una encuesta el interés de los británicos por viajar a España, que añadía a sus muchos atractivos el de ser el país europeo más barato para disfrutar las vacaciones (*Ibidem*, 2007: 191).

A la luz de esos datos, parece evidente que el turismo extranjero fue escaso en la España del primer franquismo y su presencia solo se empezó a notar a finales de la década de 1940, por tanto, no es de extrañar que su representación en las películas del periodo solo fuera ocasional. Sin embargo, esta circunstancia no mermó el tratamiento del hecho turístico en el cine español del momento, pues empezó a estar presente en las películas de forma sistemática ya desde la inmediata posguerra. En cualquier caso, conviene no olvidar que se trataba de un cine con “voluntad de hurtar la realidad” (Monterde, 1995: 215) que, pese a las dificultades existentes en un contexto de dura autarquía posbélica, consolidó una industria suficientemente sólida –donde Cifesa fue la marca más activa– como para lograr una producción capaz de combinar una amplia variedad de géneros. Entre ellos, los más cultivados fueron el melodrama y, sobre todo, la comedia, algo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que, en un país devastado por tres años de enfrentamiento civil, las comedias proyectadas en las salas cinematográficas, pese a su falsa representación de la realidad o precisamente por ella, servían de lenitivo para los espectadores, contribuyendo a que olvidaran por unas horas las penurias de su vida cotidiana. En su gran mayoría, esas películas pertenecían a la categoría de la *comedia romántica* y se ajustaban a un patrón argumental que reproducía, mediante variantes muy diversas, los esquemas formales y temáticos utilizados por el cine hollywoodense de la década anterior.